

—Cállense —les dije— voy a ver si me asomo por alguna parte y puedo descubrir algo. Con grandes esfuerzos des-loblé las piernas y me puse en pie detrás del altar, cubriéndome con los macizos candelabros que alzaban al cielo sus gruesos velones, como brazos pidiendo misericordia. Recorrí con los ojos desde el presbiterio a la puerta mayor. Ni un alma en las bancas, ni en los huecos de los confesionarios, llenos todavía a esa hora de discreta penumbra. La Virgen en su retablo parecía suspirar entristecida, mirándose en completo abandono, y en el altar contiguo, señor San José levantaba una mano severamente, cual si amonestase a su esposa:

— ¡No te quejes, María, y resignate con tu soledad! ¡Si esas malas personas llegasen a pasar por aquí, perderíamos tus exvotos de oro y se iría para siempre tu corona de reina!

Junto al cancel de la puerta mayor, veíanse un hombre y una mujer en grupo caprichoso: ella, una viejecita rugosa y de blanco pelo, en actitud humilde y servicial; él, bronco y cejijunto, zaino de color, con un enorme sombrero de palma metido hasta las orejas y un cashné solferino anudado al cuello.

El hombre estaba sentado junto a la mesilla de la conferencia, sopeando deleitosamente en un tazón de chocolate y, de vez en vez, acariciaba con los ojos, como la vaca al becerrito, la carabina que brillaba al alcance de su mano. La viejecita, con ademán diligente y temeroso, allegábale monjas, picones, chilindrinas.

—No termina aún el zafarrancho —dije en voz baja a mis compañeras—, ni estamos solos todavía; uno de los bandidos desayuna tranquilamente en la puerta del templo, y si quieren ustedes verlo, les bastará con asomarse un poquito.

— ¡Ni falta que nos hace; lo que deseamos es que se vayan pronto a la porra!

Volví a mi agujero para seguir tajando los minutos, con la filosa navaja del pensamiento...

De pronto, las campanas de la torre rompieron a cantar.

—¿Qué pasará? ¿Serán ellos los que repican en son de burla? —nos preguntábamos sin resolernos a salir de la cripta, cuando en el templo se escucharon pasos y voces conocidas:

— ¡Salgan, salgan que ya no hay nadie!

Atropelladamente abandonamos nuestra guarida a tiempo que el sacristán se acercó, y me dijo:

—Venga pronto, lo necesitan.

—¿Qué sucede?

—Dicen que su mamá está herida y que se ha vuelto loca.

Temblando de emoción, arranqué a toda prisa tras de aquel hombre, Al salir de la iglesia, en uno de los puestos del mercado, ví un numeroso grupo de gentes humildes en torno de una persona envuelta en un sarape. ¡Era mi madre! Mi madre toda temblorosa, ensangrentada y llorando desconsoladamente. Al verla de tal guisa, la vergüenza azotó mi rostro, como azota el capataz a un vil esclavo cogido en falta.

— ¡Hijo, por fin te encuentran! —díjome entre sollozos lastimeros.

—Cálmate, mamacita, aquí estoy sano y salvo.

— ¡Pero tu padre no! —gritóme con acerba expresión de reproche—. Lo plagieron esos hombres perversos y lo asesinarán sin misericordia, porque piden rescate y ya no tenemos dinero para darlo. Acabaron con la tienda y con todo, hijito...

—No te aflijas, mamá, conseguiré lo que haga falta, pediré prestado, limosna si fuere preciso.

Lloraba yo, como un mocoso de tres años, y ronco de rabia me decía: ¡Cobarde, egoísta, canalla! ¡Me oculté como una mujer entre las mujeres; es justo, pues, el castigo!

Mi madre no dejaba de sollozar y de repetir palabras incoherentes: ¡Mataron a Aurelia!... ¡Las manos!... ¡Las manos!... ¡Escóndanme, que vienen con la reata!

Salió del portal doña Chucha y compadecida ofreciome una taza con hojas de naranjo.

—Que su mamacita se la beba. Tiene unas gotas de refino, que es lo mejor para el susto.

—Pero dime, mamá, ¿estás herida? ¿Cómo has venido a dar aquí? Te llevaré a casa y allí, metidita en tu cama, me contarás lo sucedido.

—No voy. Allí mataron a Aurelia y sus manos ensangrentadas me persiguen por todas partes.

—Cálmate, pues, y dime lo que pasó.

— ¡Ni recordarlo quisiera! Llamaron al zaguán ayer, a eso de la media tarde. Tu padre salió a abrir, tan animoso como siempre, y de un golpe entraron más de quince pelados de esos. Ninguno entendía razones. Amartillaban las carabinas, apuntando a tu padre con ellas.

No sé dónde he leído que la única diferencia que existe entre los diablos y los bandidos es que los diablos son menos negros de lo que se dice, y los bandidos más sucios de lo que se piensa. Mirando a éstos de cerca lo comprobé.

—Venga el dinero, viejo muelón.

—Muelón, y no tengo ni un diente —les contestó tu padre, queriendo amansarlos con un chiste de los suyos.

—Cállese, viejo raicionario y suelte la plata.

—No tengo dinero; si ustedes quieren algo de la tienda, pasen y tómenlo, pero respeten las habitaciones de mi familia.

—Viejo, lo que tú quieres es que no demos con la tatema que has de tener enterrada.

—Amárrenlo y llévenselo al general para que él le saque los pesos, —dijo uno.

Yo ví como ataron a tu padre y cómo lo sacaron a empellones, igual que si llevaran una res al matadero. Del zaguán regresaron varios y comenzaron a registrar la casa. Pronto dieron conmigo y, al verme, un cabecilla dijo a los otros que lo seguían:

—Aquí está la vieja; traigan una reata para colgarla, y ésta sí nos dirá dónde está el entierro. Creí llegada mi última hora, hice acto de contricción y me encomendé a Dios con toda mi alma. En esto, Aurelia, la criada, que se había ocultado detrás de los cajones vacíos del corredor, al oír que me iban a colgar, salió del escondite para defenderme. ¡Quién hubiera pensado que era tan fiel y de tan buen corazón!

—Tengan lástima de la señora, que está enferma y la van a matar del susto.

¡Miren lo que nos cayó de arriba! —gritaban aquellos hombres, aullando como fieras. Uno la estiraba por un lado. otro pretendía tumbarla en el suelo, pero ella logró desasirse y se agarró con ambas manos a las varillas de mi casa. Destrozaron sus ropas, le arrancaron mechones de pelo sin lograr desprenderla de allí. De pronto, uno de los forajidos desenvainó el machete y, como un rayo lo descargó sobre las muñecas de la infeliz criatura, Una lluvia de sangre empapó la cama y salpicó mi ropa; —mira, hijito, mira—. Entre todos la llevaron fuera, creo que moribunda, pero sus manos mutiladas quedaron fuertemente adheridas a los hierros de la cama. ¡Yo no podré olvidarlas nunca! Cuando me dejaron sola, arrastrándome como pude, llegué a la ventana y me tiré por ella, con la suerte de que nadie me viera y, vagando entre los puestos, he pasado la noche, esta noche angustiada y triste, que parecía no tener fin.

De nuevo lloraba y sollozaba mi viejecita, y yo, de nuevo también me increpaba cada vez con más furia: ¡Cobarde, cobarde, cobarde!

En cambio, la mañana parecía vestida de fiesta. El aire, rompiendo sus redomas de cristal, llenaba de olores toda la tierra; de los huertos se difundía la fragancia de las frutas maduras que se balanceaban en las ramas, como pequeños incensarios; de la alberca ascendía el suspiro sensual de los nenúfares, como un perfume de encendidos pebeteros.

¡Naturaleza indiferente, naturaleza cruel que respondes a nuestra lágrimas con la sonrisa de tus rosas! ¡Cómo, en aquellos instantes de amargura, sentí el deseo desatentado de coger una piedra y hacer añicos tu cielo azul, y cómo anhelé pisotear tu traje vaporoso, todo bordado de azucenas! . . .

NO ES ESTA LA REVOLUCION

Estos Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora fueron los almacenes de La Fama, pero ayer pasó por aquí García Chávez, y en campos de soledad quedaron convertidos.

Mirando el panorama se contristaba el corazón más duro: sobre el mostrador, las botellas vacías semejaban un ejército en derrota; los pomos de conservas daban la impresión de juguetes destrozados por un niño travieso; desaparecieron las piezas de percal y los zapatos echaron a correr, como muertos que abandonaran sus cajas, obedientes a un mandato divino; los trastos de porcelana habían sido y no eran ya, los botones de nácar, las chaquiras y las lentejuelas policromaban el polvo de azúcar, cual si bordaran un lienzo blanco con vistoso traje de luces.

¡Con qué esforzada laboriosidad acabaron estos hombres con todo! No encontraba un cigarro, ni una cinta, ni una hoja de papel, libres de manchas. En un pliego de popotillo del que se destina a la correspondencia amorosa, un honrado ladrón dejó escrito este documento:

“Vale al triunfo de la causa por diez y siete puros de la Prueba.

Silverio Archundia”.

A culatazos destrozaron todas las macetas, con la esperanza de encontrar en ellas

alhajas o dinero. Los colchones fueron desfundados a punta de cuchillo y con las vedijas alborotadas parecían a medio esquilar. Abrieron mi baúl de un tiro en la cerradura, sin que su campanita de alarma hubiera protestado, y extrajeron, codiciosos, una pequeña arquilla de sándalo creyéndola repleta de hidalgos relucientes, pero como en ella tan sólo guardaba reliquias y cartas de amor, ¡oh manes cariñosos de Lupe, Laura, Sabina, Victoria!, las desparramaron por el suelo y las pisotearon sin piedad. Quedóme la tarea de recogerlas una a una, como el vendimiador los pámpanos de oro.

Ambulaba por mi tienda desolado, y acometíame el deseo de llorar sobre sus ruinas, pero —Boabdil amigo—, temí el apóstrofe de tu madre: lloras como mujer lo que no supiste defender como hombre.

Era mi casa una jaula rota de la que huyera para siempre la alondra de la alegría. Habían resultado estériles todos mis esfuerzos constructivos; inútiles todas mis privaciones voluntarias. Bastó un solo papirotazo de la fatalidad para que mi pequeño castillo de naipes rodara por el suelo.

Tal cúmulo de emociones postró a mi madre en su lecho, pero su imaginación no descansaba, y seguía a mi padre sin saber por dónde —¿muerto? ¿vivo?—, quizá agonizante, después de torturas infinitas.

Diríase que los ruidos de la casa, solidarios de nuestra tristeza, se habían puesto sordina: el loro no cantaba; el filtro, seco ya, interrumpió su monótona lección de piano, y hasta la mona, con un instinto reminiscente del peligro, oía tocar la puerta y subíase a los árboles, atisbando entre las ramas con sus ojillos negros, como dos cuentas de azabache.

Los amigos nos visitaban diligentes. Los amigos pobres, los de las barillas del portal, los de los puestos de fruta. Con los ricos en estos casos no se cuenta, evitan comprometerse y, además, les enfada el dolor ajeno.

Por boca de todos conocíamos la relación de los sucesos del pueblo:

—A Gabriel, lo hirieron.

—A Concha,uviéronla tocando el piano y cantando la noche entera.

—Cántame veinte veces seguidas El Desterrado, —le dijo uno de cashné solferino, llevándole acuciosamente la cuenta.

—Ese del cashné fué el que ví desayunando en el templo.

—Pues es el humorista de la pandilla. Llegó a la tienda de Silverio, por la salida de Las Piedras, y le pidió un millón de pesos como préstamo forzoso. Silverio se sonrió, tomando a broma tales palabras.

—Un millón, o lo perjudico, —díjole el malvado, apuntándole con la carabina a la cabeza. El comerciante, todo tembloroso, sacó de un escondite una bolsita de manta que contenía sesenta pesos.

—Aquí tiene esto.

— ¡Qué tal, amigo, y decía que no me aflojaba el milloncito de pesos!

—Es el mismo que llamó a Roque el sastre para que le hiciera un vestido en dos horas, con amenazas de ahorcarlo si no lo terminaba en dicho plazo. Y se hizo tomar medidas sin apearse de su yegua.

Don Merced vino con el regalo de sus flores, que a mí me parecieron una ofrenda mortuoria, y me dijo, al llegar, esta frase sencilla y profunda como un símbolo:

—Compañero, te ensangrentaron las paranguas.

¡Paranguas! Único haber en la choza del pobre, hogar al que converge toda la familia para calentarse a su amable recoldo.

La cara descolorida del compadre Perea también asomó por la puerta. Llegó cubierto de barro y, tan nervioso, que no cesaba de chupetear su cigarrillo de hoja.

—¿De dónde sale usted, compadre?

—Del Mirador. Allí pasé la noche en un constante sobresalto, porque esas gentes dieron batida tras batida por todas las huertas, alumbrándose con hachones de ocote. Yo trepé como pude a un árbol y me escondí entre sus ramas, pero si lle-go a ser huilota, me atrapan encandilado con las luces.

—¿Y su papá?

—Nada sabemos de él.

—¿Y su mamá?

—Desvariando, entre la vida y la muerte.

Una ojeada bastó a Perea para darse cuenta de mi completo desastre.

—Eso se acabó, compadrito. ¿Y qué va usted a hacer ahora?

—Comenzar de nuevo a subir la cuesta. . .

—Pero maldiciendo por fin a la Revolución, ¿no?

—No, compadre Perea, pillaje y saqueo no son Revolución. Revolución es un noble afán de subir, y yo subiré; es esperanza de una vida más justa, y yo me aferro a ella. Hoy más que ayer me siento revolucionario porque de un golpe volví a ser pobre. La Revolución, como Dios, destruye y crea y, como a El, buscámosla tan sólo cuando el dolor nos hiere. . .

EXODO

Angustiado y triste, con las alforjas vacías y sobre un borriquillo trotador, salí de Tacámbaro en una mañana de agosto, limpia y transparente como un capelo.

Al llegar a lo alto del Canelillo detúveme para mirar el pueblo por última vez: sus casas se apretaban como un rebaño de ovejas, ramoneando bajo los aguacates, y

las grises montañas de Tierra Caliente me dieron la impresión de dromedarios que se esfumaban en un lejano desierto.

Mis ojos se nublaron de lágrimas y, a través de ellas tomé por pañuelos agitándose en el aire para despedirme, a una bandada de palomas blancas que voló de un alero. . . .

RESUMEN

El cuento es una derivación del género épico, porque a ambos los caracteriza el hecho de ser una narración, de ser algo contado. El cuento es un importante género moderno, caracterizado en ser breve, con pocos personajes, una sola historia y un ambiente en donde transcurren los hechos. Deriva su origen de los relatos breves llamado, "fábulas" y "apólogos", ambos dirigidos hacia la enseñanza de carácter moral, en Grecia y la India respectivamente. En otros países surgieron relatos con características diferentes en cuanto a finalidad perseguida, pues unos trataron de divertir, otros de criticar, otros de crear una prosa rica en su estilo y lenguaje. En Arabia apareció "La mil y una noches"; en España "El Conde Lucanor" o "Libro de Patronio"; en Francia "Fabliaux", de carácter festivo y crítico y un texto importante para conocer la sociedad francesa de esa época.

Con la obra italiana llamada "El Decamerón", escrita por Boccaccio en el año 1348, el relato breve alcanza una gran importancia, ya que en sus cien relatos, su autor utiliza el lenguaje y la técnica narrativa con gran maestría.

En Inglaterra aparece una obra importante porque a través de ella es posible conocer la sociedad inglesa de ese tiempo; se llama "Los cuentos de Canterbury" y fue escrita por Geoffrey Chaucer en el siglo XIV.

Muchísimos autores de cuentos han surgido en países y épocas diferentes dando a este género un gran auge e importancia: Edgar Allan Poe en Estados Unidos, Horacio Quiroga en Sudamérica, Antón Chéjov en Rusia y otros más. Según el país y el momento histórico en el que surge un relato corto, adquiere las características del movimiento literario imperante, y proyecta, en muchos casos la problemática de ese momento. Así hay cuentos románticos, en los cuales se proyectan aspectos muy subjetivos, íntimos y sentimentales del autor o de los personajes; cuentos realistas que proyectan la realidad tal como ésta es, fría y objetivamente. Otro tipo de cuentos es el cuento modernista, donde se utiliza un lenguaje rebuscado, una técnica y una temática tendientes a romper con lo establecido; también el cuento regionalista, el cual trata de proyectar el choque del hombre con la naturaleza, en el cual muchas veces pierde el primero. Aparecen los cuentos indigenistas que denuncian la problemática del indio la opresión y la injusticia en la que pasa su vida. Los cuentos fantásticos olvidan problemáticas y situacio-